

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 2, 2-5): ***Esto dice el Señor.***

Salmo (122, 1-2a.2bcd.3-4): ***«Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia»***

2ª lectura (2ª Corintios 12, 7b-10): ***Te basta mi gracia.***

Evangelio (Marcos 6, 1-6): ***No desprecian a un profeta más que en su casa.***

Ezequiel, inicia su carrera con perspectivas poco halagüeñas. Debe intentar abrir brecha en medio de «corazones endurecidos», testarudos hijos de un pueblo rebelde. Y él solamente tiene a disposición una palabra débil, desarmada, pobre, destinada a encontrar obstáculos o indiferencia, a ser desmentida, contradicha, combatida.

-«Y tú, hijo de hombre, no les tengas miedo, no tengas miedo de sus palabras, si te contradicen y te desprecian y si te ves sentado entre escorpiones, no te asustes de ellos, porque son una casa de rebeldía». Dios no garantiza el éxito: «Te hagan caso o no te hagan caso...». Es importante que se pronuncie la palabra, que se haga “un hecho” ineliminable. Los resultados son otra cosa, y no entran en la competencia del profeta.

Juan Bautista, en la oscuridad de la prisión, seguía gritando aunque no servía para nada. Incluso aunque, fuera, probablemente nadie se enteraba. Él, por supuesto, no tenía miedo de que Herodes lo cambiase. Temía, más bien, ceder al cansancio y, por tanto, dejar que faltase una palabra “inútil”, pero necesaria. Y es que el profeta no puede dejar de hablar.

«¿En dónde están los profetas que en otro tiempo nos dieron las esperanzas y fuerzas para andar?». Nos decía Ricardo Cantalapiedra en su disco “El profeta” allá por los años 70. «¿En dónde están los profetas que nos ayuden a vislumbrar y construir un modelo de sociedad más justo y más humano?». Es la pregunta que nos seguimos haciendo hoy. «¿Dónde están hoy los profetas que anuncien con claridad el Evangelio?».

¿Acaso ya no hay profetas? Es verdad que no todos los días aparece un gran hombre o una gran mujer, y que su vida sea decisiva para la vida de un pueblo o el futuro de la humanidad. ¡Cierto!, pero también es verdad, que siempre tendremos entre nosotros a los pequeños pero grandes profetas de la vida cotidiana.

Jesús vuelve a su pueblo, al pueblo que le vio crecer. Allí vive su gente. Allí vive su familia, su madre, sus parientes: hermanos y hermanas. Como era la costumbre, al llegar el sábado, todo el pueblo se reunió en la sinagoga para escuchar la Palabra de Dios. Tras la lectura, cualquier varón adulto podía tomar la palabra.

Y ese día, Jesús se puso a comentar las escrituras. En sus palabras había sabiduría, y la gente de su pueblo quedó sorprendida. La sorpresa les llevó a hacerse preguntas: **¿Pero este no es Jesús, a quien conocemos desde niño? ¿Acaso no es el hijo del carpintero? ¿Cómo es posible?**

Y de la sorpresa fueron pasando a la incomprensión y al desprecio. Jesús había sido vecino suyo durante 30 años. Le conocían de sobra y conocían a su familia. **¿Cómo iba a ser Él un profeta?** No podía ser que alguien tan cercano y cotidiano, tan del pueblo, fuera un profeta de Dios. **¿Cómo iba a ser un profeta el hijo del carpintero? ¿En qué cabeza cabía semejante cosa?**

Y, además, aquella gente vivía muy aferrada a sus visiones sobre Dios y a sus tradiciones religiosas. La novedad del Reino que Jesús anunciaba les resultaba escandalosa. Y no le creyeron. Se encerraron en sus viejos esquemas y prejuicios. Jesús se extrañó de su falta de fe y les dijo: **«no desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa»**. Seguramente que Jesús esperaba encontrar comprensión y apoyo, pero se encontró con la incomprensión y el desprecio.

El relato evangélico es para nosotros un espejo en el que poder mirarnos y desde el que poder hacernos preguntas que nos ayuden a avanzar. **¿Realmente, quién es Jesús para nosotros, que nos confesamos cristianos? ¿Creemos en su palabra e intentamos acoger la novedad que nos anuncia o, como sus vecinos de Nazaret, creemos conocerlo suficientemente y preferimos seguir viviendo encerrados en nuestras ideas religiosas y en nuestras tradiciones?** No podemos dar por hecho, aunque seamos cristianos, que ya conocemos a Jesús y que ya estemos abiertos a la novedad del Reino, que Él nos anuncia.

Jesús siempre es una sorpresa, entonces y ahora. Su presencia en Nazaret removi6 las ideas que sus vecinos y parientes tenían sobre Él y sobre Dios. Y su presencia actual, en la Iglesia-Pueblo de Dios, remueve también las ideas sobre Él y sobre Dios.

El evangelista nos dice que en Nazaret no fueron capaces de abrirse a la novedad de su propuesta. En la Iglesia, vemos cómo nos cuesta poner su persona y su proyecto en el centro de la vida cristiana. Nos es difícil desembarazarnos de envoltorios religiosos que no sirven y volver a la simplicidad del Evangelio.

Nos encontramos ante el gran desafío. Nuestra vida cristiana será auténtica y una Buena Noticia para nuestros vecinos, si nos abrimos a la novedad de Jesús. En cambio, si nos dejamos llevar solamente por la inercia de lo que nos enseñaron un día, de las normas, ritos y tradiciones, de “siempre se ha hecho así”, nuestra vida será religiosa, pero poco cristiana, pues nos faltará lo único importante: Jesús.